

9 – Certeza

Posted on May 29, 2026 by Néstor Martínez

Hebreos 6: 11-12 = Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. ¿Alguno de ustedes me podría explicar con mediana claridad qué cosa es tener certeza de la esperanza? NTV lo dice así: **Nuestro gran deseo es que sigan amando a los demás mientras tengan vida, para asegurarse de que lo que esperan se hará realidad. Entonces, no se volverán torpes ni indiferentes espiritualmente. En cambio, seguirán el ejemplo de quienes, gracias a su fe y perseverancia, heredarán las promesas de Dios.** Creo que esta versión responde a la anterior, ¿Verdad? La palabra “**certeza**” suele asociarse con una sensación firme, casi tangible, de seguridad interior. No es simple optimismo ni una negación ingenua de la realidad; es, más bien, una convicción profunda que se mantiene incluso cuando las circunstancias parecen contradecirla. En un mundo atravesado por la incertidumbre —económica, social, emocional— hablar de **certeza** puede parecer provocador o incluso incómodo. Sin embargo, es precisamente en ese contexto donde adquiere mayor valor. Desde una mirada bíblica, la **certeza** no se apoya en evidencias visibles sino en una confianza que trasciende lo inmediato. No es evasión, es una forma distinta de percibir la realidad. Mientras la lógica cotidiana nos empuja a creer solo en lo comprobable, la **certeza** espiritual nos invita a reconocer que hay dimensiones de la vida que no se agotan en lo material. **Esto no implica negar la razón, sino ampliarla.** La vida diaria está llena de pequeñas decisiones que revelan en qué depositamos nuestra confianza. Desde elegir cómo reaccionar ante una injusticia hasta cómo enfrentar una pérdida, todo habla de nuestras certezas. Y aquí aparece una tensión interesante: muchas veces buscamos seguridad en estructuras externas —dinero, reconocimiento, estabilidad— que son, por naturaleza, cambiantes. La **certeza** bíblica, en cambio, propone una base diferente: una confianza en un propósito mayor, en un sentido que no depende de la volatilidad de las circunstancias. Ahora bien, llevar esto a lo cotidiano requiere más que conceptos elevados. Hace falta traducir esa certeza en acciones concretas. Por ejemplo, practicar la gratitud no como un acto automático, sino como un ejercicio consciente de reconocer lo que sí está funcionando en medio del caos. Puede sonar simple, pero tiene un efecto profundo: **cambia la perspectiva desde la escasez hacia la abundancia.** Otro recurso práctico es el silencio. En una cultura saturada de estímulos, detenerse unos minutos al día para observar los propios pensamientos puede parecer improductivo. Sin embargo, es en ese espacio donde muchas veces se clarifican las verdaderas certezas. No se trata de vaciar la mente, sino de ordenar lo que ya está allí. Preguntarse, con honestidad: **¿Qué es lo que realmente creo? ¿Qué sostiene mis decisiones cuando nadie está mirando?** El humor también juega un papel importante. Lejos de trivializar la fe, el humor sano permite

descomprimir tensiones y recordar que la vida no es solo una sucesión de problemas a resolver. Hay una sabiduría importante en reírse de uno mismo, en reconocer las propias contradicciones sin caer en la culpa paralizante. Después de todo, **la certeza no implica perfección, sino dirección.** En el plano social, la certeza adquiere una dimensión comunitaria. No se trata solo de lo que uno cree individualmente, sino de cómo esas creencias impactan en los demás. Una certeza auténtica genera coherencia: **no puede sostenerse un discurso de amor mientras se practica la indiferencia.** Aquí es donde el mensaje del Reino de Dios se vuelve profundamente concreto. No es una idea abstracta ni una promesa lejana, sino una invitación a vivir de una manera distinta aquí y ahora. Esto incluye gestos simples pero significativos: **escuchar sin interrumpir**, ayudar sin esperar reconocimiento, perdonar incluso cuando no hay garantías de reciprocidad. Son acciones que, vistas desde afuera, pueden parecer ingenuas o incluso débiles. Sin embargo,



encierran una fuerza transformadora que no siempre es evidente a corto plazo. Es importante aclarar que esta perspectiva no es ideológicamente ingenua. Reconoce las desigualdades, las injusticias y las tensiones estructurales que atraviesan la sociedad. Pero en lugar de responder desde el resentimiento o la resignación, propone una postura activa basada en la dignidad y la esperanza. No se trata de negar los conflictos, sino de enfrentarlos sin perder la humanidad. La certeza, en este sentido, no elimina las preguntas. Al contrario, convive con ellas. Permite habitar la duda sin desesperar, sabiendo que no todo necesita resolverse de inmediato. Esta actitud es especialmente valiosa en tiempos donde se exige rapidez y respuestas instantáneas para todo. **A veces, la certeza se parece más a una paciencia persistente que a una afirmación contundente.** Un aspecto clave es **la coherencia entre lo que se cree y lo que se vive.** No alcanza con sostener ideas elevadas si no se traducen en prácticas concretas. La espiritualidad, cuando se desconecta de la vida cotidiana, pierde su sentido. Por eso, la propuesta es integrarla en lo simple: en el trabajo, en las relaciones, en la manera de enfrentar los errores. Hablando de errores, la certeza también redefine la relación con el fracaso. En lugar de verlo como una derrota definitiva, lo entiende como parte del proceso. Esto no significa justificar cualquier acción, sino aprender a reconocer los propios límites sin perder la dirección. Hay una libertad en saber que equivocarse no invalida el camino. En términos prácticos, se puede pensar en pequeños hábitos que refuercen esta certeza. Por ejemplo, establecer un momento diario para reflexionar sobre las decisiones tomadas: ¿Estuvieron alineadas con lo que creo? ¿Qué podría haber hecho diferente? No desde la culpa, sino desde el aprendizaje. Otro recurso es rodearse de personas que compartan valores similares. No para crear burbujas aisladas, sino para generar espacios de apoyo mutuo. La certeza se fortalece en comunidad, en el intercambio honesto y en la construcción conjunta. También es útil aprender a filtrar la información que consumimos. No todo lo que circula en redes sociales aporta claridad; muchas veces, es al contrario, genera confusión y ansiedad. Elegir conscientemente qué leer, qué escuchar y a qué darle atención es una forma de cuidar la propia certeza. Y aquí aparece un punto interesante: **la relación entre certeza y libertad.** Lejos de ser una imposición rígida, la verdadera certeza libera. Permite actuar sin estar constantemente condicionado por la opinión ajena o por el miedo al error. No elimina la responsabilidad, pero la ubica en un marco más amplio. En el fondo, la certeza tiene que ver con identidad. Saber quién se es y hacia dónde se va, incluso cuando el camino no está completamente claro. Esta identidad no se construye de un día para otro; es el resultado de un proceso, de decisiones acumuladas, de aprendizajes a veces incómodos. El mensaje del evangelio del Reino de Dios aporta aquí una clave fundamental: **la dignidad inherente de cada persona.** No como un concepto abstracto, sino como una realidad que se expresa en la manera de tratar a los demás y a uno mismo. Esta dignidad es la base sobre la cual se construye la certeza. Desde esta perspectiva, la certeza no es un lujo espiritual reservado para unos pocos, sino una posibilidad abierta a todos. No depende de la posición social, del nivel educativo ni de las circunstancias externas. Es una decisión, un camino que se elige recorrer. Claro que no siempre es fácil. Hay días donde la duda pesa más, donde las preguntas parecen no tener respuesta. Pero incluso en esos momentos, la certeza puede manifestarse de manera silenciosa, como una intuición que invita a seguir adelante. Un toque de humor (Nunca lo olvido ni lo desestimo), ayuda a no dramatizar en exceso. Porque, seamos honestos, a veces buscamos certezas absolutas hasta para decidir qué comer a la noche. Y si algo demuestra la experiencia es que la vida no siempre se ajusta a nuestros planes milimétricos. Aprender a reírse de esos intentos fallidos también es parte del proceso. Finalmente, la certeza se vuelve visible en la manera de vivir. No necesita imponerse ni demostrarse constantemente. Se expresa en la coherencia, en la paz interior, en la capacidad de sostener valores incluso cuando no son populares. En un mundo que cambia a gran velocidad, donde lo sólido parece desvanecerse, la certeza se presenta como un ancla. No para quedarse inmóvil, sino para moverse con sentido. Es una invitación a vivir con profundidad, con autenticidad, con una fe que no se reduce a palabras, sino que se encarna en la vida cotidiana. Porque, al fin y al cabo, la verdadera certeza no se trata solo de lo que se cree, sino de cómo eso transforma la manera de estar en el mundo. Y ahí, en lo simple, en lo diario, en lo humano, es donde la palabra deja de ser concepto y se vuelve vida. Certeza es estar parado en un a esquina esperando un bus que todavía no vemos. Convicción, incluso, es saber que ese bus va a llegar porque así lo dice un letrero colocado por la empresa del bus o por algún funcionario del lugar. Mientras tanto, de pie allí sin nada a la vista, eres como el creyente que se dispone a hablarle

de la fe a alguien que jamás pensó en ella.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
